

# EL APRENDIZ

TRABAJÉ mucho tiempo como aprendiz en el Templo en construcción. Nadie me elogiaba, aunque trabajaba cuanto podía; me asignaron en cambio un compañero más práctico, que en los ratos libres me instruía en el oficio.

Fui un día al punto donde hacía su labor y vi no lejos de allí una piedra abandonada en el suelo, sobre la hierba, cuya artística talla y relieves llamaron mi atención. Se la señale a mi camarada, porque estaba allí aparte.

- Esa piedra - me contestó - es una obra de arte; pero no entra en el plan de la construcción.

Esto me sorprendió mucho.

- Mirad - continuo diciendo- : aquí hay un guerrero en relieve, allí una mujer; más allá, a la izquierda otra mujer con una flauta; debajo hay una figura de Narciso contemplándose así mismo; más arriba un déspota, cuyos esclavos le traen incienso, y, alrededor de todo, una guirnalda de laureles. Cuando el Maestro vino a medir la piedra con escuadra y compás, la desecho.

Quedé asombrado. Creía yo que la industria y buena voluntad de aquel compañero hubieran debido merecer alguna consideración. Mi acompañante me señaló el Taller y me dijo severamente:

- Si cada trabajador fuera a trabajar como le pareciese, ¿cómo lograr el ajuste de una piedra con otra y la perfección del todo? Se dan las dimensiones de cada pieza; el que no trabaja según la norma que se da, trabaja por su propia cuenta y no para el Templo. La obediencia es deber primordial del aprendiz y compañero. Les falta conocimiento de la Ley, y únicamente su cumplimiento puede darles la recompensa. Aquí viene el Vigilante; es preciso que vuelva a mi labor, y si queréis podéis acompañarme.

Me condujo ante una piedra terminada, cuya sencilla ornamentación mostraba que era parte de un conjunto, que debía unirse a otras. Le di mi opinión sobre la falta de expresión individual, diciéndome él lacónicamente:

- El plan del Maestro necesita este trabajo.

El Vigilante se acercó, contemplo la piedra que mi camarada había trabajado, y comenzó a mediarla con regla, compás y escuadra, diciendo después de minucioso examen.

- Proporciones justas; por todas partes la medida del Maestro; terminada con esmero; no hay rotura ni grieta. Llevad vuestra obra al Maestro; el mismo la señalara; dándole su merito real. Habéis trabajado con cariño y celo en pro del conjunto; es la voluntad del Maestro que en lo sucesivo tengáis un campo más amplio de actividad.

Se fue el Vigilante. Los ojos de mi compañero demostraban su emoción. Entonces se volvió hacia mí diciéndome:

- No he merecido lo que quiere darme; mi alegría mayor era obedecerle; es demasiado indulgente y demasiado bueno. ¡Que esta escena te de ánimos y fervor!

Se dio cuenta de mi confusión y continuó.

- ¡Oh, no desesperéis! Quien ardientemente quiere, puede alcanzar con facilidad. ¿Tenéis algún inconveniente en mostrarme vuestra obra?

- Ahora no - respondí -; otra vez que este más tranquilo.

El calló. Pero sentí que no estaba yo en disposición de juzgar por mi mismo; mi más interno ser lo pedía. Tome su mano y exclame.

- Venid conmigo.

Le conduje al punto donde tenía mi piedra. Cuando la vio a cierta distancia exclamo.

- Nada habéis hecho.

- Venid y ved - le dije.

Miro mi trabajo tristemente; parecía indeciso si debía hablarme de ello o pasar de largo.

- Veo - respondió con tranquilidad -; todos preguntan lo mismo, todos creen trabajar bien. Al principio se cometen errores. ¡Felices los que alcanzan el conocimiento!

- ¡Oh, es preciso que me consoléis de mi ceguedad, mi obstinación, mi orgullo, mi tiempo perdido!

- El que tiene el valor de enmendarse, nada ha perdido - fue su respuesta.

Entonces examino la piedra por todas partes. La había yo labrado primorosamente, a mi entender. Había esculpido relieves tan pronunciados, que cada uno parecía formado para ser una pieza aparte, cual pirámide proyectada desde un solo punto. No podía yo hacerme a la idea de suprimir aquellas pirámides, y trataba de encajarlas lo mejor posible en una forma rectangular. Cada trozo me había costado un gran esfuerzo. En donde quedaba espacio para ello, había colocado dibujos; aquí música, allá poesía; en este lado una casa, en otro un templo; un grupo de niños rodeando a su padres; regocijos populares, campos de batalla, reformas políticas. En una

palabra: todos los acontecimientos imaginables de alguna importancia en la vida del hombre.

- Habéis hecho muchas cosas - dijo mi compañero.

- Pero, ¿Qué me reporta mi labor? - pregunte.

- El conocimiento de que podéis trabajar. ¿Tenéis el valor de escuchar un consejo? - me pregunto.

Incliné la cabeza y continuo:

- Nunca estuve en el taller del Maestro y, por consiguiente, no puedo explicaros el plan de la construcción en que trabajamos; pero lo que he oído, me lleva a la conclusión de que el plan esté trazado con la mayor sabiduría, y aunque le falten miríadas de siglos para su terminación, no se alteraría en una sola línea. No ocurre en esta construcción lo que en otras; el plan no depende en modo alguno del lugar, los materiales, los medios del constructor y otros mil detalles. Tampoco puede alterarse el plan durante la construcción. El plan de nuestro Templo es inalterable, y solo aquello que se ajusta en él, es aceptado. Los planes de los hombres son diversos: el de nuestra construcción es único. Cuando se termine este noble Templo, su infinita extensión será expresiva de un solo pensamiento. Sí; puedo decir una sola idea. Ahora podréis explicaros por que se desechó la piedra que visteis y podréis también aprender lo que debéis hacer con vuestra piedra.

Dicho esto, estrecho mi mano y se fue.

Por largo tiempo permanecí con la vista en tierra, resentido, sin poderme apartar de aquel lugar.

Al siguiente día fui a ver mi piedra y no pude reprimir mi satisfacción ante su belleza, que me hizo exclamar: "¿Como puede esta obra ser vana? ¡Vano todo este esfuerzo! ¡Sin objeto mi refinamiento! ¿Fueron dadas al hombre para nada estas espléndidas capacidades?". Pero - me pregunte luego -, "¿Para quién he trabajado? ¿Cómo empleé mis dones? Para mi satisfacción y regalo egoístas, en mi solo interés, para mi propio plan." Guarde silencio y oí, cual eco lejano, una voz interna: "Lo que es inútil en el plan del Maestro, debe rechazarse.

Prontamente cogí mis útiles de trabajo y no descanse hasta que separé de la piedra el mayor de los relieves. Cuando cayó, sentí como una parte de mi vida se hubiera destruido, y me dejé caer anonadado. Aquel día no pude hacer otra cosa. Al día siguiente sostuve igual lucha e hice igual obra, continuando así hasta que deshice y derribé todas las pirámides. Entonces me encontré entre los trozos de mi mutilada piedra, pareciéndome estar olvidado y aparte de todo el mundo. Renegué de mi habilidad, de mi mismo, de la naturaleza toda, y no tuve sosiego en tanto que vi ante mí los restos de mi antigua obra, es decir, hasta que me aparte del sitio en que trabajaba.

Pero aun entonces me atraía. Comencé a dudar de si podría alcanzar la victoria sobre mí mismo. Decidí destrozar lo que quedaba de mi labor, y así lo hice, cayendo todo ante mí como polvo y arena. Ahora nada tenia que me atrajera, y trabaje casi sin sentirlo sobre mi áspera piedra. Finalmente, cuando pulimente una cara, mi compañero me visito; estrecho mi mano y me pregunto por lo que antes había hecho. Le lleve al lugar de la destrucción y me abrazo efusivamente.

- Habéis vencido - me dijo -; habéis dado el primer paso. Avanzad osadamente, pronto vendrá sobre vos el Espíritu de Paz. En estos últimos tiempos he logrado ser recibido en las dependencias del Maestro. Lo que os dije es verdad, y no puedo decir más. Sed firme. La Sabiduría está próxima y os conducirá.

Dicho esto se fue.

Continué mi obra, y poco a poco vi como se oscurecían las imágenes del pasado, hasta que llegue a la convicción de que las leyes que nos forjamos, no pueden darnos satisfacción, y que solo la Ley Eterna puede traernos la Libertad. Mí piedra fue labrada y aceptada. Entregué a mi compañero la labor ordenada, y entonces se me permitió entrar en las dependencias del Maestro y oír su voz. Allí adquirí el pleno convencimiento de que solo lo que encaja en el plan del Maestro, es lo que se acepta, lo demás se deja a un lado. ¿Dónde y como? La Voz guarda silencio.

¡Entra, Luz condúcenos! Se nos ha dado la piedra, ayúdanos a labrarla. Lo primero que en ella hemos de esculpir es Amor. Solo a través del Amor es posible la unión eterna; este sentimiento es la verdadera y única fuente de felicidad.

Franz Hartmann

*Este artículo apareció en The Adyar Bulletin, en Mayo de 1910, y fue recomendado por A: Besant en su Carta presidencial de 5 de mayo de 1910*